

Mujeres, juventud y activismo antifascista en la Europa mediterránea (1933-1945)

David Ginard i Féron

Universitat de les Illes Balears

Resumen: Este artículo analiza la participación de las mujeres jóvenes en la configuración del movimiento antifascista en la Europa mediterránea durante el periodo comprendido entre el acceso de Hitler al poder y el final de la Segunda Guerra Mundial. El retraso económico y social de esta zona explica la debilidad del asociacionismo juvenil femenino hasta 1933. Pero las situaciones de emergencia extrema suscitadas desde entonces implicarán un reforzamiento de las redes militantes y, sobre todo, el surgimiento de miles de contribuciones individuales a la lucha antifascista por parte de muchachas no encuadradas en organizaciones.

Palabras clave: feminismo, antifascismo, juventud, socialismo, símbolo.

Abstract: This article analyses the role played by young women with regard to the configuration of the anti-fascist movement in Mediterranean Europe from Hitler's coming into power to the end of World War II. The weakness of the young women's associations until 1933 is explained by the economic and social underdevelopment of this area. However, the situations of extreme emergency that took place from that year would reinforced the activist networks and, above all, encouraged the emergence of thousands of individual contributions to the anti-fascist fight by young women who did not belong to any particular organization.

Keywords: Feminism, Anti-fascism, youth, Socialism, symbol.

La lucha contra el fascismo desarrollada por las mujeres jóvenes europeas en los años treinta y cuarenta del siglo xx puede entenderse a partir del entrecruzamiento de dos fenómenos alumbrados en las décadas precedentes: el surgimiento del asociacionismo juvenil y la incorporación de las mujeres a la participación política. Debe señalarse que en la etapa objeto de estudio tanto el uno como el otro distaban de haber completado su ciclo en todo el continente. Como es conocido, la categoría histórica «juventud» surgió en primer término como fenómeno masculino, propio de las clases urbanas acomodadas y medias, y fue más perceptible en las sociedades industrializadas que en las agrarias. De manera semejante, la incorporación de las mujeres al activismo político se desarrolló de manera más precoz en los países de la Europa noroccidental y en las zonas urbanas. No en balde, al estrenarse la década de los treinta ninguno de los principales países mediterráneos había reconocido la igualdad de derechos políticos entre ambos sexos. Si a ello le unimos la mentalidad patriarcal del movimiento obrero europeo, sobre todo en las áreas de tradición católica, no puede sorprender que al iniciarse el periodo objeto de estudio la articulación asociativa de las mujeres jóvenes de izquierdas fuese muy débil.

Desde principios de la década de los treinta, nuevos contextos políticos conducirán al robustecimiento del tejido militante, pero también a la implicación en la lucha antifascista de miles de mujeres adolescentes o veinteañeras que no se hallaban encuadradas formalmente en ninguna organización. En las siguientes páginas se abordará la contribución juvenil femenina al surgimiento y desarrollo del antifascismo en el periodo 1933-1945. El texto —centrado en los países mediterráneos, con especial atención al caso español— consta de cinco partes. En la primera, se tratará sobre la movilización juvenil femenina en el ámbito del obrerismo europeo antifascista de los años treinta. En la segunda, se analizará el caso concreto de la inserción en la política española de entidades como el Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, el Socorro Rojo Internacional y el Comité Pro Infancia Obrera. A continuación, se abordará el impacto de la Guerra Civil de 1936-1939 sobre el movimiento de mujeres jóvenes tanto en España como en el conjunto de Europa. Para terminar, se valorará la presencia juvenil femenina en el activismo antifascista a partir de 1939 y se establecerán unas conclusiones.

Movilización juvenil, mujeres y movimiento obrero europeo entre las dos guerras mundiales

En las décadas que siguieron al final de la Primera Guerra Mundial se produjo un despliegue muy significativo de la movilización juvenil, de la incorporación de las mujeres al espacio público y de la implantación del movimiento obrero en Europa.

Así, por un lado, la gran conflagración de 1914-1918 socavó los instrumentos de socialización juvenil, desde el sistema educativo hasta las estructuras familiares. Las dramáticas consecuencias del conflicto bélico redimensionaron el fenómeno juvenil, que de hecho se vio notablemente fortalecido. En toda Europa, los jóvenes fueron percibidos como una fuerza potencial de renovación. Las organizaciones juveniles reivindicaron una mayor autonomía, al tiempo que experimentaron un espectacular crecimiento de sus efectivos y una radicalización de sus planteamientos. Centrándonos en las organizaciones juveniles socialistas, no debe olvidarse que ya habían participado activamente en el movimiento de rechazo a la colaboración de los partidos de la Segunda Internacional con el conflicto bélico. Tras la guerra, los jóvenes socialistas lideraron en buena medida las escisiones terceristas que fragmentaron a la izquierda de tradición marxista. Incluso quienes permanecieron en los partidos integrados en la Internacional Socialista se adscribieron, mayoritariamente, a las corrientes más revolucionarias. La autonomía que reivindicaban los grupos juveniles de izquierda chocó a menudo con el rechazo de unas direcciones recelosas del carácter impulsivo de muchos militantes. Prueba de ello es que los jóvenes protagonizaron el ambiente de conflictividad social que marcó el periodo, como ilustra la creación de grupos juveniles paramilitares armados y uniformados¹.

De manera simultánea, en los años veinte y treinta se asistió a un cuestionamiento parcial de las tradicionales relaciones de género. En parte como reconocimiento a la contribución femenina al esfuerzo bélico en la Gran Guerra, se experimentó un progreso en los dere-

¹ Sandra SOUTO KRUSTÍN: *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República española*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 19-23, y José C. GIBAJA: «La tradición improvisada. El socialismo y la milicia», *Historia Contemporánea*, 11 (2007), pp. 107-127.

chos políticos, la consideración social y la imagen de las mujeres². Tras los avances alcanzados en la obtención del sufragio, la participación de las mujeres en las luchas sociales y políticas se desarrolló hasta límites insospechados, obteniendo presencia incluso en algunos gobiernos como el británico, el soviético o el español. No olvidemos que para los estudiosos de los procesos de democratización, la consecución del sufragio universal suele ser valorada mucho más como el inicio de un proceso de socialización política que como su culminación. Paradójicamente, la concesión del sufragio y el ascenso de los fascismos instauraron pronto un nuevo orden de prioridades en el movimiento de mujeres, de tal modo que las cuestiones feministas quedaron relativamente relegadas³.

Finalmente, el movimiento obrero se convirtió en un actor central en la lucha política con opciones reales de acceder al poder en los principales países europeos. Los avances democráticos con los que se inició el periodo de entreguerras, la generalización del sufragio universal —aunque en muchos casos fuera sólo masculino—, el ciclo de movilizaciones que siguió al triunfo de la Revolución Rusa y la persistencia del proceso de industrialización y urbanización marcaron un periodo de consolidación de las grandes corrientes de la izquierda obrerista. La socialdemocracia se convirtió en una fuerza central de la República de Weimar y alcanzó responsabilidades de gobierno en países como Gran Bretaña, Suecia o Francia. El comunismo se expandió en torno al referente representado por la Unión Soviética y su partido de la revolución mundial, la Komintern. El anarquismo, a pesar de su declive relativo, mantuvo influyentes posiciones en países latinos como España e Italia⁴.

En definitiva, la suma de los tres vectores aludidos fijó las bases para que en la década de los treinta se generalizara la incorporación de un segmento significativo de mujeres jóvenes al activismo político y social de izquierdas. Pero, sin duda, el surgimiento y extensión de los fascismos representó el impulso decisivo

² Este impacto es matizado por Françoise THÉBAUD: *Les femmes au temps de la guerre de 14*, París, Payot, 2013.

³ Juan Sisínio PÉREZ GARZÓN: *Historia del feminismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 140-151.

⁴ Geoff ELEY: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 125-278.

para que dicho fenómeno tomara forma. La amenaza representada por los movimientos políticos de la extrema derecha transformó las estrategias de los partidos de izquierda y de sus secciones juveniles y femeninas.

En la construcción del antifascismo europeo resultó esencial el espectacular viraje experimentado por el movimiento comunista tras el VII Congreso de la Komintern (1935). A partir de este momento, las vinculaciones entre comunismo y antifascismo resultaron muy claras. Sin embargo, no puede negarse que el antifascismo se difundió entre sectores políticos y sociales muy variados, y que se construyó a partir de aportaciones plurales⁵. Otra de las claves esenciales de la extensión de la cultura antifascista fue su conexión con el pacifismo. La sensibilidad antimilitarista que singularizaba a una parte de la izquierda europea facilitó, de entrada, la buena recepción de una propuesta que pretendía amalgamar esfuerzos frente a un adversario percibido ya entonces como extremadamente peligroso para la paz mundial. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que el antifascismo se desarrolló más como sensibilidad política que como movimiento político estructurado. De este modo, a menudo fue difundiéndose principalmente mediante redes personales. En este estado de cosas, los jóvenes de izquierdas —ajenos, por lo general, a anteriores enfrentamientos entre grupos políticos y sindicales, más permeables que sus mayores a experimentar realineamientos y con un estilo de vida que propiciaba un contacto permanente entre individuos procedentes de tradiciones plurales— estaban llamados a constituir el principal bastión de resistencia frente a la amenaza fascista⁶.

En buena lógica, la presencia femenina tenía que desarrollar igualmente un rol preferente en dicha estrategia. El compromiso

⁵ Bruno GROppo: «El antifascismo en la cultura política comunista», en Elvira CONCHEIRO, Massimo MODONESI y Horacio CRESPO (coords.): *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007, pp. 93-117; Jacques DROZ: *Histoire de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*, París, La Découverte, 1985; Leonardo RAPONE: *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*, Milán, Unicopli, 1999, y Patrizia GABRIELLI: *Tempio di virilità: l'antifascismo, il genere, la storia*, Milán, Franco Angeli, 2008.

⁶ Cfr., por ejemplo, *La jeunesse devant le fascisme*, París, Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes, 1936, y Georgi DIMITROV: «La lucha contra el fascismo y la unidad obrera», *Internacional Comunista*, núm. 1, diciembre de 1935.

antifascista, en tanto que lucha político-social defensiva frente a las acciones represivas de gobiernos considerados fascistas o burgueses, entroncaba con un concepto históricamente asociado al género femenino como era el de la solidaridad con las víctimas. De este modo, la tradicional atribución del deseo de auxilio como virtud propia de las mujeres, entendida en un ámbito sólo privado, podía ahora extenderse a una dimensión pública. Pensemos que ya en el siglo XIX los primeros movimientos de emancipación femenina se habían originado y desarrollado en estrecha vinculación con redes sociales de apoyo a grupos humanos con dificultades. No debe sorprender, por tanto, que el enconamiento de la lucha política y social experimentado en los años treinta ofreciese un escenario propicio para una aceleración de la socialización política juvenil femenina⁷.

Sin duda las máximas expresiones organizativas de esta sensibilización y activación de las mujeres jóvenes en el campo del antifascismo más vinculado al movimiento comunista fueron el reforzamiento del Socorro Rojo Internacional y la conformación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo.

El Socorro Rojo Internacional se convirtió en la máxima expresión del esfuerzo del antifascismo comunista por agrupar hombres, mujeres y jóvenes pertenecientes a las distintas capas sociales y posiciones ideológicas: «Cristianos y laicos en Alemania; republicanos y revolucionarios en España; todo un pueblo frente a la guerra fascista en Etiopía; pacifistas, soldados, antifascistas y cristianos en Francia»⁸. Laura Branciforte ha subrayado que, junto a sus fines abiertamente propagandísticos, desarrolló una amplia acción solidaria que implicó la entrada en el activismo político de un considerable número de europeas. Desde mediados de la década de los veinte, las mujeres tuvieron una significativa presencia en la base del SRI, pero también en los organismos directivos. Prueba de ello

⁷ Mercedes YUSTA: «La construcción de una cultura política femenina desde el antifascismo (1934-1950)», en Ana AGUADO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ (eds.): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, pp. 253-281.

⁸ Jean CHAUVET: «Le Secours Rouge et l'union dans la solidarité», *Cahiers du bolchévisme*, núm. 25, 15 de diciembre de 1935.

son los casos de Clara Zetkin, Elena Stasova y Tina Modotti. De todos modos, de acuerdo con la concepción de la cuestión femenina propia del movimiento comunista, las tareas asignadas eran sobre todo las vinculadas a las habilidades tradicionales de género: la distribución de dinero, comida y ropa para los perseguidos; la cura de los heridos en los conflictos bélicos; la asistencia a presos; la protección de las familias de los detenidos; la organización de colonias infantiles, etc. Pero sería incorrecto negar su trascendencia. Naturalmente, resulta harto complejo establecer el límite entre lo político y lo asistencial en unas actividades de socorro que entrañaban objetivos políticos, tuvieron una amplísima repercusión pública y, sobre todo, constituyeron a menudo una fabulosa cantera de captación de futuras dirigentes y cuadros medios de las organizaciones de izquierda⁹.

En cuanto a Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, fue articulada bajo los auspicios de la Komintern como sección femenina del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo. La organización femenina se formó a raíz de un congreso celebrado en París en agosto de 1934 al que asistió una delegación española encabezada por Dolores Ibárruri. De este modo, el marco de actuación de las mujeres comunistas se centrará en la movilización antifascista; ámbito esencial para trazar la política de alianzas con sectores democrático-burgueses. No en balde, la creación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo fue precedida de la disolución de la sección femenina de la Komintern¹⁰.

Por supuesto, desde sus inicios esta organización fue impregnada por la cultura política comunista. Así, el fascismo era identificado con la explotación colonial y como la forma ulterior de explotación capitalista. Además, se propugnaba que los fascistas no hacían más que continuar y ampliar la tradicional política de sometimiento de las mujeres desarrollada por las fuerzas conservadoras, singularmente en los países católicos. En palabras del dirigente comunista francés Marcel Cachin:

⁹ Laura BRANCIFORTE: *El Socorro Rojo Internacional en España (1923-1939). Relatos de la solidaridad antifascista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 53-61.

¹⁰ Jean-Jacques MARIE: «De Lenin a Stalin, la sección femenina del Komintern», en *Enciclopedia Histórica y Política de las Mujeres. Europa y América*, Madrid, Akal, 2010, pp. 449-468.

«El fascismo ha reforzado la opresión económica de la mujer [...] las mujeres, bajo el régimen de Hitler, han sido arrojadas de los puestos públicos, de las universidades, de los estudios superiores, así como de las oficinas y fábricas. Siervas y esclavas son los dos papeles que les reserva el fascismo. La educación religiosa, la propaganda patriótica y chovinista: he aquí lo que ella debe sufrir, a fin de hacerla soportar la gran miseria general del Reich. El fascismo quiere hacer de la mujer un ser inferior, una esclava del hombre, cuya misión es lanzar al mundo el mayor número de soldados»¹¹.

En el desarrollo de sus posiciones políticas, Mujeres contra la Guerra y el Fascismo incorporó elementos procedentes del feminismo histórico pacifista y maternalista. La opción permitía a las mujeres participar en una lucha política general en la que, si bien el feminismo pasaba a un segundo término, podía mantenerse una cierta conexión dado el carácter fuertemente sexista del fascismo. En un contexto de acentuada confrontación política, el recurso al maternalismo contribuía eficazmente a ampliar la influencia del movimiento comunista mediante unas campañas en las que se combinaban argumentos políticos y de género. De este modo, se apelaba a las mujeres, en tanto que madres, a luchar en defensa del bienestar y tranquilidad de sus hijos contra las amenazas bélica y fascista, incluyendo de igual manera a las mujeres obreras y de clase media. Si el antifascismo promovía que los hombres se incorporasen a la lucha contra las agresiones fascistas mediante su alistamiento a estructuras paramilitares, en el caso de las mujeres se aspiraba a que se movilizasen en defensa de la paz en sus hogares y el futuro de sus hijos. Ello no era óbice para que simultáneamente se siguiera reivindicando el derecho de las mujeres a la igualdad, sobre todo en el ámbito de las relaciones laborales.

Una de las claves de este antifascismo femenino impulsado por el movimiento comunista era el establecimiento de puentes de relación con sectores intelectuales y proletarios procedentes de ámbitos variados de la izquierda. De hecho, el antifascismo propició que un núcleo relevante de mujeres de perfil burgués e intelectual se convirtieran en «compañeras de viaje» del comunismo, normalmente como paso previo a su incorporación al partido. Este fenómeno también afectó de manera singular a mujeres jóvenes sin militan-

¹¹ *Nuestra Palabra*, núm. 71, 2 de agosto de 1934.

cia previa, pero procedentes de tradiciones familiares republicanas o socialistas, que iniciaron su conexión con el comunismo a partir de su colaboración con el movimiento antifascista. Los graves acontecimientos políticos de la época propiciaron que muchas jóvenes se identificaran con las únicas organizaciones que ofrecían una plataforma internacional de apoyo a las familias de los represaliados.

Las jóvenes antifascistas en la España en crisis (1933-1936)

El caso español es bastante ilustrativo de la evolución descrita. Al igual que en otros países europeos, la participación de las muchachas españolas de izquierdas en la lucha política no se vehiculó fundamentalmente a través de partidos políticos, sino de organizaciones antifascistas de carácter solidario.

De nuevo es preciso referirse al impulso desarrollado por los comunistas. Pese a su posición minoritaria en los años republicanos, los seguidores españoles de la Komintern fueron capaces de liderar determinados procesos unitarios como los relativos a los ámbitos juvenil y femenino. Desde 1932 el PCE había intentado organizar a sus mujeres mediante una comisión femenina que, al final de 1933, inició la publicación de la revista *¡Compañera!* Sin embargo, a lo largo del primer bienio republicano los avances organizativos de las mujeres comunistas fueron muy discretos.

La aplicación, a partir de 1934, del viraje estratégico que culminará con el VII Congreso de la Komintern implicó un acercamiento de las comunistas hacia el resto de las organizaciones de izquierda. Tras una visita de una delegada francesa del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo se aceleró la creación de una sección española de la organización, que en julio de 1934 celebró su primer congreso. Aunque controlado por las comunistas, la presencia de destacadas figuras de otros ámbitos ideológicos permitió dotar al Comité español de una imagen multipartidista e interclasista. Así, si bien la presidencia efectiva recayó en Dolores Ibárruri, la honoraria fue para Catalina Salmerón, hija del que fuera presidente de la Primera República.

La apertura a sectores del feminismo pacifista contó, además, con una base previa. En España existía una tradición de asociacionismo femenino fundamentada en entidades como la Asociación

Nacional de Mujeres Españolas (1918) o la sección española de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (1930). La experiencia pacifista facilitaba una disposición favorable al antifascismo por parte de mujeres con una larga trayectoria asociativa. Por supuesto, el enfoque concreto de ese rechazo al fascismo y a la guerra respondía a una aplicación sobre el territorio hispánico de los planteamientos cominterianos. No en vano, una de las primeras actividades del Comité fue la convocatoria de un acto de protesta contra la movilización de reservistas para el Protectorado de Marruecos. De manera análoga, la lucha contra las políticas fascistas se centraba en sus reales o supuestas versiones españolas, con particular mención a la católica y conservadora CEDA¹².

No tenemos información sobre la participación de la organización femenina antifascista española en el movimiento de octubre de 1934. En cualquier caso, nos consta que algunas de sus principales dirigentes sí que desempeñaron un rol activo y padecieron represión¹³. No en balde, poco después la organización fue ilegalizada. De todos modos, en el proceso de reconstrucción del movimiento obrero español gestado a lo largo de 1935 fue fundamental la entidad que vino a reemplazarla: el Comité Pro Infancia Obrera, el cual fue tolerado por las autoridades debido a una denominación que remitía a fines benéficos. Vinculado estrechamente al Socorro Rojo, el Comité se dedicó al apoyo moral y económico y a la evacuación de los hijos de las víctimas de la represión. Esta organización, también integrada en gran parte por mujeres jóvenes, organizó expediciones de alrededor de medio millar de hijos de mineros asturianos, que fueron acogidos por familias de otras zonas de España durante los meses que mediaron hasta el triunfo del Frente Popular. Conviene destacar que en esta etapa tiene lugar por primera vez un fenómeno que se reproducirá durante la Guerra Civil

¹² Dolores IBÁRRURI: *El único camino*, París, Ebro, s.f., pp. 184-186.

¹³ Se ha apuntado la participación de mujeres armadas en la insurrección asturiana, pero sin que existan demasiados datos al respecto. Véase Manuel GROSSI MIER: *La insurrección de Asturias*, Madrid, Júcar, 1978, p. 36. Algunos informes posteriores señalaron que se trató de una protesta eminentemente juvenil, pues «alrededor del 60 por 100 de los millares de muertos, heridos, torturados, condenados y encarcelados por los combates de octubre son jóvenes de 16 a 25 años» (Evaristo, «La lucha de las Juventudes Comunistas de España contra el fascismo», *Internacional Comunista*, núm. 1, diciembre de 1935).

y la Segunda Guerra Mundial: la movilización de un conjunto amplio de mujeres jóvenes para el desarrollo de las funciones tradicionales de cuidado de niños y familias, aunque asociado a un contenido de compromiso político explícito. Además, el Socorro Rojo desarrolló en estos meses una intensa acción de movilización y protesta, en buena parte protagonizada por mujeres, en la que se exigía la liberación de los presos y la mejora de las condiciones de vida en las prisiones¹⁴.

Por otra parte, los acontecimientos de 1934 y sus antecedentes proporcionaron a las mujeres antifascistas un primer grupo de símbolos movilizados muy eficaces durante la Guerra Civil y la resistencia a la dictadura. Por un lado, se articularon referentes colectivos, como el conjunto de las mujeres asturianas. Pero, sobre todo, algunas figuras individuales que constituyeron en modelos de comportamiento muy útiles para apelar a la conciencia de las militantes. Es el caso de Juanita Rico, una joven socialista asesinada en junio de 1934 por un grupo de falangistas en el contexto de enfrentamientos entre milicias de distinto signo; en concreto, su muerte se ha vinculado a una represalia falangista tras el asesinato del miembro de esta organización Javier Cuéllar a cargo de un grupo de los *chíbiris* de las juventudes socialistas. El entierro de Juanita Rico constituyó una impresionante manifestación de duelo colectivo que, al parecer, contó con la participación de 11.500 trabajadores, 1.500 de los cuales eran mujeres. Las mismas crónicas publicadas en la prensa de izquierdas destacaron la presencia en el acto de «los jóvenes socialistas, uniformados y formados militarmente», circunstancia bien representativa de la difusión de una parafernalia propiciatoria de un clima prebélico¹⁵.

El ejemplo más significativo es, sin embargo, el de Aida Lafuente. Se trataba de una activista comunista de diecisiete años, muerta en combate contra las tropas de Juan Yagüe el 13 de octu-

¹⁴ Laura BRANCIFORTE: *El Socorro Rojo Internacional...*, pp. 173-210.

¹⁵ «El entierro de Juana Rico», *Justicia Social*, 152 (30 de junio de 1934). Un caso semejante fue el del entierro, en agosto de 1934, del miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas Joaquín de Grado, que según el PCE reunió a 70.000 participantes «formados militarmente» (Evaristo, «La lucha de las Juventudes Comunistas de España contra el fascismo», *Internacional Comunista*, núm. 1, diciembre de 1935).

bre de 1934 y que fue promovida como ejemplo máximo del ímpetu revolucionario juvenil con el sobrenombre de la *Rosa Roja de Asturias*¹⁶. Tras la insurrección, se llevó a cabo una gran campaña de producción de la memoria en torno a Lafuente, resaltando su condición de chica muy joven que, desafiando las convenciones de edad y género, había participado activamente en la lucha. Debe matizarse que tal vez su condición de adolescente, al contrario de lo que pudiera parecer, facilitaba la aceptación social de la asunción de su función de combatiente. A diferencia de otras mujeres de mayor edad, no vulneraba los roles tradicionales de madre y esposa, y no constituía una amenaza tan flagrante para el orden de género tradicional. Los paralelismos entre la gesta de Aida y la de Agustina de Aragón, recurrentes en buena parte de los mitos femeninos de la época de la Guerra Civil y la resistencia antifranquista, son harto evidentes en evocaciones como la siguiente, incorporada por el secretario general del PCE José Díaz en su informe al VII Congreso de la Komintern:

«Nuestra camarada Aida Lafuente, miembro de la Juventud Comunista, con diecisiete años de edad, al pie de una ametralladora, hizo frente a una bandera (batallón) del Tercio disparando su ametralladora. Mantiene a raya a las tropas del Gobierno, dando tiempo a que se efectúe la retirada y salvando la vida de muchos revolucionarios. Estuvo haciendo fuego hasta agotar las municiones, causando infinidad de bajas en el enemigo. Aida Lafuente fue acibillada a balazos por las fuerzas del Tercio. Herida ya de muerte, en los últimos instantes de su vida, todavía le restaron energías para sacar el pañuelo rojo y gritar enardecidamente: ¡Viva el comunismo! ¡Viva la Revolución Soviética!»¹⁷.

A medida que la situación política se normalizó, el antiguo Comité de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo recuperó su actividad. Así, en febrero de 1936, ya bajo la denominación de Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA), editó el primer número de la revista *Mujeres*. Precisamente durante la campaña electoral de aquel

¹⁶ Brian D. BUNK: «Revolutionary Warrior and Gendered Icon: Aida Lafuente and the Spanish Revolution of 1934», *Journal of Women's History*, 15:2 (2003), pp. 99-122.

¹⁷ José DÍAZ: «Las luchas del proletariado español y las tareas del Partido Comunista», *Internacional Comunista*, núm. 1, diciembre de 1935.

mes, el Frente Popular realizó una activa movilización para incentivar el voto femenino usando carteles en los que se apelaba a la condición maternal de las mujeres como protectoras de su familia frente a las fuerzas reaccionarias. Sin duda lo esencial era el compromiso antifascista y el llamamiento a la libertad para los presos del movimiento de Octubre, aunque se incorporaban también reivindicaciones genéricas de carácter feminista. Así, en un texto publicado días antes de la elección, Dolores Ibárruri llamaba a las «madres, mujeres todas» a cerrar el paso al fascismo «por nuestros maridos, por nuestros hijos», pero también «por nuestra dignidad, por el derecho de la mujer al trabajo y a la igualdad de salarios, por la conquista de leyes protectoras para la mujer y la juventud»¹⁸. Tras la victoria del Frente Popular, la AMA conoció una etapa de extensión organizativa que se consolidará con el estallido de la Guerra Civil.

Las muchachas y la guerra de España (1936-1939)

La Guerra Civil española ha sido considerada como el momento culminante del antifascismo internacional debido a la enorme dimensión que tuvo la contienda a nivel mundial. Por este motivo, dentro del análisis de la incidencia de este conflicto en la conformación del movimiento juvenil femenino antifascista, es obligado referirse tanto a sus repercusiones en España como en otros países europeos.

Respecto a la primera cuestión, es conocido que la conflagración bélica que siguió al golpe de Estado generó una movilización femenina sin precedentes. La guerra actuó, sin duda, como catalizadora de unos procesos de cambio en la identidad cultural de las mujeres y en las relaciones entre los sexos iniciadas en las anteriores décadas. Se ha señalado a menudo que no se llegó a cuestionar la hegemonía patriarcal, pues incluso en el frente las mujeres se centraron en actividades vinculadas a lo que tradicionalmente se consideraba sus habilidades genéricas: el cuidado de niños y de enfermos, la limpieza, la cocina y la costura.

¹⁸ Dolores IBÁRRURI: «¡Mujeres! ¡Madres! De España, de Cataluña, de Euzkadi y de Galicia», 8 de febrero de 1936, Arxiu Nacional de Catalunya, fondo Centro Español de Moscú (AGE), T-199.

Aun así, convendría no subestimar los avances conseguidos. El conflicto bélico implicó una matización importante del maternalismo pacifista del periodo anterior para dar paso a una participación mucho más activa de las mujeres en la lucha contra el fascismo. De este modo, junto a la persistencia en los llamamientos a la incorporación de las mujeres en la ayuda a las víctimas, se promovió que ocupasen los lugares de trabajo que los hombres dejaban libres para ser enviados a la guerra. Aunque, por supuesto, ello suponía un reparto de tareas en función del género, no dejaba de constituir una innovación trascendental. Más si tenemos en cuenta que la Agrupación de Mujeres Antifascistas promovió paralelamente actuaciones destinadas a la capacitación laboral de las mujeres y a la igualdad salarial¹⁹. Además, el contexto de lucha extrema facilitó la consolidación del discurso antifascista de género orientado a la apelación a la condición maternal de las mujeres y cuya mayor expresión se halló en la figura de Dolores Ibárruri, arquetipo de madre combativa. Ella misma se encargó de difundir y extender al conjunto de las mujeres de la España leal una categoría que resaltaba el «heroísmo y abnegación» de las republicanas, a las que comparaba con «las mujeres de Sagunto, de Numancia, las mujeres de los comuneros de Castilla y de los agermanados de Valencia y Mallorca, las de los payeses de Cataluña, las de los campesinos de Galicia o las que lucharon contra Napoleón»²⁰.

Mención aparte merece la incorporación de las mujeres jóvenes al frente, fenómeno que implicaba la asunción de un rol, como el de guerrero, vinculado como ninguno a la masculinidad. Para valorar su carácter rupturista debe tenerse en cuenta que uno de los fundamentos principales de la masculinidad hegemónica y de su difusión en las edades juveniles se hallaba precisamente en el reclutamiento militar obligatorio, exclusivo para los varones. El ingreso en filas constituía un rito esencial de paso a la edad adulta y de afirmación de la virilidad, al tiempo que el contacto de los jóvenes con el ejército contribuía sin duda a la difusión de valores misóginos y patriarcales. Se ha insistido mucho, y con razón, en el carácter efi-

¹⁹ Cfr., en particular, Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999.

²⁰ «Un patriótico llamamiento a las mujeres de América», *ABC*, 28 de marzo de 1937.

mero y minoritario de la presencia femenina en las trincheras. Muy pronto, con la retirada de las combatientes de los frentes, la exaltación de las milicianas que luchaban con las armas en la mano dio paso a la de las «mujeres comunes» cuya labor en la retaguardia resultaba básica para la victoria²¹. Pero ello no debería hacer olvidar la indudable trascendencia del salto adelante que implicó la entrada de cientos de mujeres en puestos de combate y la difusión de sus imágenes en periódicos de todo el mundo.

Debemos referirnos, por otra parte, al alumbramiento de nuevas jóvenes heroínas, usadas como recurso simbólico. Es el caso de Lina Odena, miliciana muerta en el frente de Granada en septiembre de 1936 al optar por el suicidio antes que ser capturada por los rebeldes²². O de Rosario Sánchez Mora, «la Dinamitera», herida en acción en Somosierra y objeto de un célebre poema de Miguel Hernández²³. La presencia de estas mujeres en el imaginario colectivo del conflicto se puso de manifiesto en el uso de sus nombres para bautizar batallones de las milicias o del Ejército Popular. Otras unidades militares remitirían igualmente a líderes revolucionarias europeas como Rosa Luxemburgo o Louise Michel; a liberales españolas del siglo XIX como Mariana Pineda, o a heroínas antifascistas anteriores a 1936 como las ya citadas Juanita Rico y Aida Lafuente. El uso ritual de tales denominaciones implicaba un hecho tan singular como que una tropa de hombres quedase solemnemente comprometida a ofrendar el máximo sacrificio en el campo de batalla con el objetivo de ponerse a la altura de la joven combatiente homenajeadada, a la que se atribuían virtudes convencionalmente masculinas como la valentía, la fuerza y el arrojo frente al enemigo. Así, en el llamamiento realizado en octubre de 1936 por la Juventud Socialista Unificada de Cataluña para la creación del batallón Lina Odena se proclamaba:

«El nombre de Lina Odena significa una bandera y un maravilloso ejemplo para nuestras juventudes. Y el batallón juvenil que ha de osten-

²¹ Cfr., por ejemplo, «Un llamamiento a las mujeres madrileñas», *La Libertad*, 22 de marzo de 1939.

²² «A Lina Odena», *El Mono Azul*, núm. 10, 29 de octubre de 1936.

²³ Cfr. Carlos FONSECA: *Rosario Dinamitera: una mujer en el frente*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.

tarlo será un batallón de selección, como ella misma, fuerte, preparado [...] sabrá hacer honor al nombre que lleva, porque en él buscará un lugar inmediato [lo] mejor de nuestras fuerzas juveniles. Y siendo así solicitará, una vez formado, su traslado al frente más duro, en aquellos sitios donde el enemigo ponga sus más desesperados esfuerzos ofensivos, para responder con entusiasmo y decisión causándole la fulminante derrota»²⁴.

En otro orden de cuestiones, no debe olvidarse que algunas mujeres desarrollaron una actividad política de primera línea. Entre éstas se incluían veteranas como Dolores Ibárruri o Federica Montseny, pero también jóvenes mucho menos conocidas cuya presencia pública no pudo consolidarse por la derrota republicana de 1939, como Aurora Arnáiz o Sara Berenguer. Además, la AMA conoció un extraordinario despliegue, que incluyó la formación de numerosos comités provinciales y locales, la creación de una Comisión de Auxilio Femenino y la difusión de su órgano de prensa, *Mujeres*. Pese a su expansión en tiempos bélicos, Mujeres Antifascistas no consiguió atraer a las anarquistas, que desarrollaron simultáneamente Mujeres Libres²⁵. Por otro lado, las jóvenes tuvieron también una participación clave en el activismo humanitario del Socorro Rojo y de Solidaridad Internacional Antifascista, esta última vinculada al movimiento libertario²⁶.

Un fenómeno de indudable trascendencia fue la creación de una entidad dedicada de manera específica a articular políticamente a las jóvenes antifascistas españolas: la Unión de Muchachas. Aunque tiene una gestación anterior, nació a raíz de la Conferencia Nacional de Muchachas celebrada a iniciativa de las JSU el 8 y 9 de mayo de 1937 en Valencia. Sus objetivos fundamenta-

²⁴ *Hoja Oficial del Lunes* (Barcelona), núm. 560, 10 de octubre de 1936.

²⁵ Mujeres Libres surgió en abril de 1936 y llegó a contar con unas 20.000 afiliadas. Su rechazo a la unidad de acción con la Agrupación de Mujeres Antifascistas se fundamentó en la necesidad de mantener su personalidad como organización libertaria partidaria de profundizar en el proceso revolucionario. Cfr. Mary NASH: *Mujeres Libres. España, 1936-1939*, Barcelona, Tusquets, 1975, y Conchita LIANO: *Mujeres libres: luchadoras libertarias*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1999.

²⁶ En este sentido ha pasado muy desapercibida la creación de guarderías y colonias infantiles por parte de la organización solidaria libertaria. Cfr. Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA: *Cultura y libertad. La educación en las Juventudes Libertarias (1936-1939)*, Valencia, Universitat de València, 1996, pp. 409-411.

les eran la creación de Hogares de las Muchachas en los que se organizarían cursos de alfabetización y cultura general, se instalarían bibliotecas y se formarían grupos deportivos. También se promovería la formación profesional para facilitar la incorporación de las chicas al trabajo agrícola e industrial; se prepararían enfermeras para hospitales; se instalarían lavaderos colectivos; se crearían casas cuna en las fábricas y comedores colectivos que facilitarían la evacuación de las familias obreras. Se trataba, en definitiva, de articular eficientemente la contribución de las jóvenes al esfuerzo bélico con un programa de actuaciones que combinaba la capacitación laboral y cultural con la mejora de los servicios públicos. Un planteamiento que, aunque muy centrado en las tareas tradicionales, abría espacios inusitados a la presencia femenina en la vida política y social. No en balde, la Unión de Muchachas dedicó particular atención a la formación de futuras dirigentes mediante la organización de escuelas de cuadros. Es también remarcable la participación femenina en las llamadas Escuelas Alerta, centradas sobre todo en actividades deportivas. Nos consta que la Unión de Muchachas tuvo una particular trascendencia en la movilización de las jóvenes antifascistas en Madrid²⁷.

El equivalente catalán de la Unión de Muchachas fue la Aliança Nacional de la Dona Jove, fundada el 25 de abril de 1937 y presidida por Montserrat Martínez. En realidad, la Aliança tuvo un carácter mucho más amplio que la Unión de Muchachas, pues se planteaba como un «moviment ample de masses que es proposa mobilitzar totes les noies catalanes per guanyar la guerra» y consiguió incorporar a un amplio conjunto de organizaciones juveniles que no se limitaban a la JSU: Esquerra Republicana, Estat Català y Palestra, entre otras. La Aliança Nacional de la Dona Jove centraba sus objetivos en la difusión de la cultura por las comarcas catalanas; en abrir las universidades a las jóvenes de origen obrero y campesino; en la agitación y propaganda; en la asistencia social; en la organización de cursos de enfermería, y en la creación de clubs de fá-

²⁷ UNIÓN DE MUCHACHAS ESPAÑOLAS: *La Unión de Muchachas es magnífica como ves*, Valencia, Unión de Muchachas, s.f., s.p.; íd.: *Proyecto de programa de la Unión de Muchachas*, s.l., Unión de Muchachas, s.f., s.p., y Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA: *Juventud, ideología y educación*, Valencia, Universitat de València, 1992, pp. 177-179.

brica, de brigadas de choque y de grupos de defensa organizada. En este sentido, proclamaba orgullosamente que «dins el Casal de la Dona Jove s'ensenyarà també a les noies EL MANEIG DE LES ARMES I LA INSTRUCCIÓ MILITAR, perquè totes les noies de Catalunya estiguin també preparades militarment»²⁸.

Por contraste, en el movimiento libertario no se alcanzó un nivel semejante de articulación organizativa de las mujeres jóvenes. Es cierto que la Federación de Juventudes Libertarias impulsó durante la guerra la creación de Secretariados Femeninos y que Mujeres Libres constituyó Secciones Juveniles, pero los propios informes internos indican que, avanzado 1938, el nivel de desarrollo real de estos organismos era muy limitado²⁹.

Para terminar debemos referirnos a la presencia de jóvenes de otros países que se trasladaron a España para unirse a la lucha contra el fascismo³⁰. Desde octubre de 1936 centenares de mujeres pertenecientes a una treintena de nacionalidades participaron en labores sanitarias y de ayuda a las víctimas, asumiendo funciones rupturistas para la época, sobre todo en los hospitales de campaña. Un alto porcentaje de ellas eran exiliadas políticas y si bien a menudo acompañaban a sus maridos médicos, en otros casos llegaron a España solas. Renée Lugschitz ha documentado un mínimo de 400 mujeres en las Brigadas Internacionales, pero cree que el número podría haber llegado a las 700. Entre las participantes había comunistas, pero también libertarias o militantes de la izquierda revolucionaria, como la argentina Micaela Feldman (*Mika Etchebéhère*), que llegó a ser capitana de una columna motorizada del POUM en Guadalajara³¹.

²⁸ En mayúscula en el original. Cfr. «Aliança Nacional de la Dona Jove. Pla de treball», Centro de Documentación Histórico-Social (Barcelona). Recuperado de Internet (http://www.ateneuenciclopedicpopular.org/IMG/pdf/alianca_nacional_de_la_dona_jove_1937.pdf).

²⁹ Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA: *Cultura y libertad...*, pp. 258-261.

³⁰ Renée LUGSCHITZ: *Spanienkämpferinnen: ausländische Frauen im spanischen Bürgerkrieg, 1936-1939*, Berlín, Lit Verlag, 2012.

³¹ MIKA ETCHEBÉHÈRE: *Mi guerra de España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1976.

Las resistentes antifascistas después de 1939

El final de la Guerra Civil española y el inicio de la Segunda Guerra Mundial dieron paso a una nueva etapa en la historia del antifascismo juvenil femenino en la Europa mediterránea. Sin duda, el estallido del nuevo conflicto propició transformaciones relacionadas con la participación política y la condición social de las mujeres jóvenes que tuvieron mucho más alcance que las experimentadas entre 1914 y 1918. El carácter de guerra total adquirido en su máxima expresión por la contienda de 1939-1945 y sus dimensiones abiertamente ideológicas propiciaron que un amplio segmento de jóvenes europeas se politizaran intensamente y se incorporasen a las acciones de los movimientos de resistencia antinazi³². Pueden servirnos de ejemplo los casos francés, italiano y español, países donde la resistencia se desarrolló en contextos muy diferentes pese a disponer de ciertas características compartidas, como el liderazgo comunista, el predominio de las acciones en el ámbito rural o la cultura católica.

En Francia, la existencia de una cierta tradición de activismo de mujeres jóvenes de izquierdas en la conflictiva vida política de preguerra facilitó la contribución de éstas a la lucha contra la ocupación³³. Las muchachas resistentes contra el nazismo y el colaboracionismo se implicaron fundamentalmente en acciones de apoyo a personas perseguidas; de información y enlace; de agitación y propaganda en espacios públicos, y de camuflaje y apoyo logístico a los agentes aliados que actuaban en territorio galo. Son significativas, en este sentido, la edición de periódicos femeninos clandestinos y la realización de actos de protesta contra el desabastecimiento y el envío de trabajadores a Alemania. En cambio, la contribución femenina a la resistencia francesa fue modesta desde el punto de vista del encuadramiento en organizaciones armadas, fenómeno potenciado tal vez por el fuerte impacto de una acendrada tradición militar con-

³² Anna BRAVO (ed.): *Donne e uomini nelle guerre mondiali*, Roma-Bari, Laterza, 1991.

³³ Un relato autobiográfico representativo de la acción militante de las jóvenes comunistas antes y después de 1940 en Maroussia NAÏTCHENKO: *Une jeune fille en guerre. La lutte antifasciste d'une génération*, Paris, Imago, 2003.

traría a cualquier tipo de innovación. Como consecuencia de esta rígida división de roles entre hombres y mujeres, la represión padecida por las activistas francesas presentó también singularidades. De este modo, el número de mujeres galas ejecutadas fue muy inferior al de hombres, si bien cerca de 8.500 antifascistas fueron internadas en el campo de concentración de Ravensbrück. Estas jóvenes resistentes represaliadas generaron de inmediato símbolos muy difundidos en la guerra y posguerra inmediata; sírvanos de ejemplo Danielle Casanova, activista de origen corso muerta en Auschwitz en mayo de 1943, a quien se dedicaron numerosas escuelas, institutos y vías públicas tras la liberación. El impacto social de esta participación femenina en la resistencia queda de relieve también en la concesión del sufragio en 1945 o en la incorporación de algunas antiguas combatientes a las fuerzas armadas. Sin embargo, las mujeres fueron marginadas en las asociaciones de veteranos; sólo en casos muy contados recibieron condecoraciones oficiales y su rol quedó invisibilizado en la historiografía francesa de posguerra³⁴.

En Italia la participación femenina en el movimiento partisano fue algo más activa en el terreno militar que en Francia, pero las semejanzas son patentes. Se ha subrayado particularmente el protagonismo femenino en ciertas modalidades de lucha situadas a medio camino entre el activismo armado y la resistencia civil, sus funciones de apoyo a los combatientes y su acción en espacios públicos como los mercados. La Associazione Nazionale Partigiani d'Italia ha calculado que 35.000 partisanas combatieron entre 1943 y 1945, 623 de las cuales fueron ejecutadas o cayeron en combate³⁵. Algu-

³⁴ Margaret COLLINS WITZ: *Les Combattantes De L'Ombre. Histoire Des Femmes Dans La Resistance, 1940-1945*, París, Albin Michel, 2000; Laurence THILBAULT (dir.): *Les femmes et la Résistance*, París, Documentation Française, 2006; Mechtild GILZMER, Christine LEVISSE y Touzé Stefan MARTENS (dirs.): *Les femmes dans la Résistance en France*, París, Tallandier, 2003; Monique SAIGAL: *Héroïnes françaises, 1940-1945. Courage, force et ingéniosité*, París, Rocher, 2008; Corinna VON LIST: *Résistantes*, París, Alma, 2011, y Guy PERRIER: *12 résistantes qui ont changé l'Histoire*, París, Pymalion, 2013.

³⁵ Anna BRAVO y Anna Maria BRUZZONE: *In guerra senza armi. Storia di donne, 1940-1945*, Roma, Laterza, 1995; Marina ASSIS SABA: *Partigiane. Tutte le donne della resistenza*, Milán, Mursia, 1998; Jane SLAUGHTER: *Women and the Italian Resistance, 1943-1945*, Denver, Arden Press, 1997; Patrizia GABRIELLI: *La pace e la mimosa. L'Unione donne italiane e la costruzione politica della memoria (1944-1955)*, Roma, Donzelli, 2005; Anna Maria BRUZZONE y Rachele FARINA: *La Resistenza ta-*

nas se convirtieron en emblemas del movimiento resistente. Sirvanos de ejemplo la comunista Irma Bandiera «Mimma». Esta joven boloñesa, integrada en la VII Brigada GAP, fue capturada en agosto de 1944, después de un tiroteo, mientras se disponía a regresar a su domicilio tras haber transportado armas a la base partisana de Castelmaggiore. Tras ser torturada y asesinada, su cuerpo fue expuesto públicamente en la carretera por las autoridades fascistas. De inmediato se convirtió en un símbolo del movimiento partisano, de tal manera que el mismo verano de 1944 la Primera Brigada Garibaldi, que operaba en Bolonia, fue bautizada con el título de Irma Bandiera. El impacto posbélico de la contribución juvenil femenina al antifascismo también presenta claros oscuros. Como en Francia, tras la guerra se concedió el voto a las mujeres, decisión política que en parte fue entendida como galardón colectivo por esta colaboración de las jóvenes a la lucha antifascista. Pero el impacto público se fue difuminando en buena parte durante los años posteriores e investigadoras como María Casalini han subrayado la persistencia de concepciones tradicionales de género en las actuaciones de la resistencia antimussoliniana³⁶.

La trayectoria de las españolas antifranquistas a partir de 1939 presenta interesantes paralelismos respecto a los casos francés e italiano, pese a hallarse insertada en un contexto histórico muy diferente³⁷. Nos consta que en los incipientes núcleos clandestinos de 1939-1940 tuvieron un rol clave jovencitas que, en ocasiones, eran las únicas personas de la familia que no se hallaban estrechamente controladas por los organismos policiales, así como otras mujeres de mediana edad que habían ejercido como cuadros medios de sus organizaciones durante la Guerra Civil. De todos modos, tras este

ciuta. Dodici vite di partigiane piemontesi, Turín, Bollati, 2003, y Martina GUERRINA: *Donne contro. Ribelli, sovversive, antifasciste nel Casellario Politico Centrale*, Milán, Zero in Condotta, 2013.

³⁶ María CASALINI: *Le donne della sinistra (1944-1948)*, Roma, Carocci, 2005, pp. 236-256.

³⁷ Fernanda ROMEU: *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, Madrid, edición de la autora, 1994; Claudia CABRERO: *Mujeres contra el franquismo. Asturias, 1937-1952. Vida cotidiana y resistencia*, Oviedo, KRK, 2006; Tomasa CUEVAS: *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004, y Giuliana DI FEBBO: *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979.

periodo inicial, la presencia femenina en la dirección de las fuerzas políticas clandestinas fue muy modesta. Sus tareas se centraban en la cesión de espacios para reuniones clandestinas, en la custodia de material propagandístico, en el apoyo a los presos y sus familias, y en el refugio de militantes prófugos³⁸. A menudo su participación en la lucha contra la dictadura se vehiculó al margen de las estructuras de partido, como en el caso de aquellas que protagonizaron movilizaciones espontáneas contra la carestía de la vida o «las mujeres de presos»; acciones que se expresaban en términos de defensa tradicional de la familia y el hogar, y se vinculaban a protestas y motines del siglo XIX³⁹.

Respecto al activismo guerrillero de la España de la posguerra, es cierto que hubo pocas mujeres en acciones armadas directas. El reducido grupo que se enroló en partidas guerrilleras se centró fundamentalmente en tareas de intendencia y de protección del grupo. La colaboración femenina con el maquis español se manifestó sobre todo por medio de la figura de las enlaces: mujeres dedicadas al refugio y alimentación de los guerrilleros; la elaboración de materiales propagandísticos; el transporte de armas, víveres y medicinas, y la transmisión de informaciones. Funciones logísticas que, en cualquier caso, fueron cruciales para la persistencia durante toda la década del activismo armado. Las colaboradoras del maquis español fueron objeto de una represión específica de género: si, por un lado, sus acciones se adscribían a una tipología delictiva menos grave que las de los combatientes, por otro, fueron las que más padecieron la llamada «represión diferida». Por otra parte, las jóvenes enlaces guerrilleras fueron las principales víctimas de prácticas humillantes tales como el rapado del pelo⁴⁰.

³⁸ «Normas generales para el trabajo de las mujeres en el Partido» (18 de abril de 1946), Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Nacionalidades y Regiones, Jac. 671.

³⁹ Irene ABAD BUIL: *En las puertas de la prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo*, Barcelona, Icaria, 2012.

⁴⁰ Fernanda ROMEU: *Más allá de la utopía. La Agrupación Guerrillera de Levante*, València, Alfons el Magnànim, 1987, pp. 128-134; Mercedes YUSTA RODRIGO: *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, pp. 110-120; Odette MARTÍNEZ MALER: «Los testimonios de las mujeres de la guerrilla antifranquista de León-Galicia (1939-1951)», en Julio ARÓSTEGUI y Jorge MARCO (eds.): *El último frente. La re-*

Debe indicarse, para terminar, que este periodo fue singularmente propicio para la construcción de símbolos movilizadores que tomaban como modelo jóvenes militantes antifascistas que habían padecido la represión franquista. En el caso del Partido Comunista, se trazó un imaginario colectivo que requería, dada la intensidad de la violencia practicada por sus oponentes, figuras que ejemplificaran los terribles sacrificios que en cualquier momento podían exigirse a los combatientes clandestinos. Lenin ya había advertido que sin las mujeres era imposible arrastrar a las masas hacia la acción política. Y sin duda las comunistas españolas del periodo proporcionaron un amplio conjunto de modelos de comportamiento:

«El martirio de estas y de otras tantas heroínas de nuestro pueblo moviliza a nuevas promociones de luchadoras. Mujeres que participan en las organizaciones clandestinas antifascistas que en ciudades y aldeas hacen colectas para los presos, cosen para los guerrilleros y les sirven de enlaces, reparten propaganda clandestina, colocan banderas republicanas, organizan manifestaciones contra el terror y contra el hambre como las recientes de Barcelona, Sevilla y Madrid, forman reservas guerrilleras, cual la Agrupación Femenina Pasionaria de Ciudad Real, realizan huelgas como las obreras textiles de Barcelona. La historia de España es rica de mujeres heroicas. Pero nunca lo fue tanto como en este periodo de lucha de todo un pueblo contra la tiranía fascista»⁴¹.

El máximo exponente lo constituía sin duda «Pasionaria», cuyo hijo Rubén había fallecido en septiembre de 1942 en la batalla de Stalingrado y que quedó desde entonces consagrada como heroína nacional y «madre dolorosa» por excelencia⁴². Pero también el de otras militantes mucho menos conocidas, la mayoría jóvenes, que permitían establecer una identificación más directa con los activistas de base. Al igual que durante la Guerra Civil, se establecían analogías entre estas jóvenes combatientes y ciertos mitos guerreros

sistencia armada antifranquista en España, 1939-1951, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 313-328.

⁴¹ Irene FALCÓN: «Heroínas de nuestro pueblo», *Mundo Obrero*, núm. 12, 1 de mayo de 1946.

⁴² Rafael CRUZ: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, y Juan AVILÉS: *Pasionaria. La mujer y el mito*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005.

de la resistencia antinapoleónica. Así, por ejemplo, el primer número de la revista *Mujeres Españolas* equiparaba las figuras de las «trece rosas» y de Agustina de Aragón⁴³. Pero junto a los referentes simbólicos propios del nacionalismo español también se usaban los de la cultura católica. Podemos citar en este sentido el caso de Matilde Landa, cuyo suicidio en septiembre de 1942 se debió a la negativa a bautizarse y renunciar a su ideario comunista. La propaganda antifascista subrayaba que, a partir de tales ejemplos, las mujeres españolas «madres de un pueblo de héroes» no podían resignarse a seguir siendo esclavas, por lo que cualquier acción cotidiana que implicara resistencia era objeto de atención. Desde el gesto de «la joven de Pola que arranca el retrato de Franco en plena calle cuando éste iba a visitar Asturias» hasta la protesta de doscientas vecinas del barrio de Chamartín contra un tahonero que pretendía robarles en el peso⁴⁴.

Epílogo conclusión

El antifascismo de las décadas de los treinta y los cuarenta del siglo xx constituye un momento culminante en el proceso de incorporación de las mujeres jóvenes a las organizaciones de izquierda. La excepcionalidad de las situaciones generadas en la época de preguerra y, sobre todo, a partir del conflicto bélico español de 1936-1939 y de la conflagración mundial de 1939-1945 propiciaron que muchas jóvenes ciudadanas se comprometiesen en el combate contra el fascismo, con una participación que combinó la significación asistencial con la política. Encuadradas en organizaciones nacionales y supranacionales o actuando al margen de estructuras formalizadas, se movilizaron para denunciar el peligro representado por la extrema derecha y posibilitar la derrota de los proyectos fascistas en los campos de batalla. Si el antifascismo fue un elemento esencial en la superación de las diferencias entre las corrientes de izquierda, no hay duda del protagonismo de jóvenes y de mujeres en el éxito de esta cimentación. Este activismo propició el acercamiento de numerosas jóvenes a los parti-

⁴³ *Mujeres Españolas*, núm. 1, agosto de 1951.

⁴⁴ *Nuestra Bandera*, núm. 9, 1 de agosto de 1946.

dos de izquierda y aceleró a medio plazo el proceso de emancipación femenino.

Naturalmente, el proceso histórico analizado presenta luces y sombras. Las formaciones obreras de origen marxista mantenían en parte posiciones tradicionales respecto a la cuestión femenina que no objetaban la división sexual de los espacios de actuación. El caso español constituye un buen ejemplo de una división de roles que implicó que, durante la década de los treinta, la afiliación política y sindical continuase siendo un terreno sobre todo masculino, mientras que la movilización solidaria se reservaba primordialmente a las mujeres. En consecuencia, la labor de las jóvenes se centró en las campañas de sensibilización y en las tareas autodefensivas y de carácter humanitario. Ya en el periodo bélico, las jóvenes militantes antifascistas quedaron habitualmente al margen de las acciones militares más clásicas y, salvo casos muy excepcionales, de la dirección de las organizaciones políticas. Además, en países como España, Francia e Italia tras la guerra cayeron en buena parte en el olvido, si bien algunas escasas figuras fueron usadas como símbolo movilizador e identitario, circunstancia particularmente notoria en el caso de los partidos comunistas y organizaciones afines.

Finalmente hay que señalar que la construcción, el desarrollo y el desenlace de este movimiento de jóvenes antifascistas debe entenderse en parte en el contexto de los virajes estratégicos propios del movimiento comunista, deudores fundamentalmente de los intereses diplomáticos soviéticos. Acabada la Segunda Guerra Mundial se dio paso a un periodo en el que las propuestas del antifascismo aparecieron como triunfadoras en el conjunto de las fuerzas progresistas y democráticas, y se asistió a la reconstrucción del movimiento internacional de mujeres antifascistas. Pero el cambio del contexto internacional operado con el inicio de la Guerra Fría dio al traste con la inusitada unidad de la izquierda. El antifascismo comunista conoció a partir de entonces una reelaboración en la que se recuperaron argumentos usados en la década de los treinta para plantear la defensa de la política exterior soviética. En el caso de las organizaciones femeninas, los argumentos pacifistas y maternalistas servirán para denunciar las actuaciones agresivas atribuidas a las potencias occidentales. En consecuencia, pronto se producirá la ruptura entre las organizaciones de mujeres antifascistas y el feminismo internacional que dará por cerrada una etapa histórica.